

sonrisas y de una sensación de placer, y seguramente cada uno de aquellos señores y de aquellas señoras soñaba en ofrecer ó aceptar aquellas riquezas á cambio de un amor.

—Inglaterra ha pagado; esos son los millones de usted,—murmuró maliciosamente Luisa al oído de Sidonia.

La señora Michelin, embelesada y con la boca entreabierta por el deseo, apartaba su velo de almea y acariciaba el oro con mirada reluciente, mientras el grupo de hombres graves se quedaba estupefacto.

M. Tontin-Laroche, completamente deslumbrado, murmuró algunas palabras al oído del barón, cuyo rostro se llenaba de amarillentas manchas, y Mignon y Charrier, menos discretos, dijeron con ruda sencillez:

—¡Demonio! Ahí hay bastante para derribar á París y volverlo á edificar.

La frase pareció profunda á Saccard, quien empezaba á creer que Mignon y Charrier se burlaban de la gente haciéndose los tontos.

Cuando se corrieron las cortinas y el piano terminó la marcha triunfal con un gran ruido de notas lanzadas unas sobre otras, como las últimas paletadas de escudos, los aplausos estallaron en el salón.

Entre tanto, estando á la mitad del cuadro, ha-

bía llegado el ministro, acompañado de su secretario, presentándose en la puerta del salón; Saccard que acechaba con impaciencia la llegada de su hermano, quiso precipitarse á su encuentro. Pero el ministro, con un gesto, le rogó que no se moviese, y se acercó, lentamente, al grupo de los hombres graves.

Cuando se corrieron las cortinas y le vieron, circuló por el salón un prolongado cuchicheo, y las cabezas se volvieron hacia él; el ministro equilibraba el éxito de los «Amores del bello Narciso y de la ninfa Eco».

—Es usted todo un poeta, señor prefecto,—dijo sonriendo á M. Hupel de la Noue.—¿No publicó usted en otro tiempo un libro de versos titulado, según creo, «Los Volubilis»?... Yo creo que los trabajos administrativos no han logrado agotar su inspiración.

El prefecto sintió en aquel cumplido el aguijón de un epigrama; la repentina aparición de su jefe le descompuso, tanto más cuanto que, al examinar de una ojeada para ver si su porte era correcto, notó sobre la manga de su frac, que no se atrevió á sacudir.

—Verdaderamente,—prosiguió el ministro, dirigiéndose á M. Tontin-Laroche, al barón de Gourand y á los demás personajes que se encontraban allí,—todo ese oro forma un espectáculo ma-

raviloso... Haríamos grandes cosas si M. Hupel de la Noue nos fabricase moneda.

Aquello, en lenguaje ministerial, era lo mismo que habían dicho Mignon y Charrier.

Entonces M. Tontin-Laroche y los demás, hicieron un papel de cortesanos, apoyándose en la última frase del ministro: el Imperio ya había hecho maravillas y no era oro lo que faltaba, pues gracias á la profunda experiencia del poder, nunca Francia había ocupado posición tan brillante ante Europa, concluyendo aquellos señores por humillarse tanto, que el mismo ministro cambió de conversación.

Los escuchaba con la cabeza erguida y los pliegues de los labios algo levantados lo cual daba á su grueso y blanco rostro, cuidadosamente afeitado, cierta expresión de duda y de risueño desdén.

Saccard, que quería preparar el anuncio del casamiento de Máximo y Luisa, procuraba encontrar una transición hábil, aparentaba gran familiaridad, y su hermano se hacía el bonachón, consintiendo hacerle el favor de fingir que le quería mucho.

Era realmente superior, con su clara mirada, su visible desprecio hacia las pillerías mezquinas y sus anchos hombros que con un solo movimiento hubieran derribado á toda aquella gente.

Cuando, por fin, se trató del casamiento, se manifestó encantador y dió á entender que tenía ya preparado su regalo de boda; se refería al nombramiento de Máximo, como auditor en el Consejo de Estado. Llegó hasta repetir por doscientas veces á su hermano:

—Dile á tu hijo que seré testigo.

M. de Mareuil se puso encarnado de satisfacción, y todos felicitaron á Saccard, ofreciéndose M. Tontin-Laroche como segundo testigo. Después, y de un modo brusco, se habló del divorcio; un miembro de la opinión acababa de demostrar «el triste valor», según M. Haffner, de defender aquella vergüenza social.

Todos se espantaron y su pudor les inspiró frases profundas, M. Michelin sonreía delicadamente al ministro, al propio tiempo que Mignón y Charrier notaban con asombro que el cuello de su frac estaba bastante usado.

Mientras tanto, M. Hupel de la Noue se ballaba aturdido, apoyándose en el sillón del barón Gourand, quien se había contentado con cambiar un apretón de manos con el ministro. El poeta no se atrevía á dejar aquel sitio sin sentimiento indefinible, el temor de parecer ridículo, el miedo de perder la gracia de su jefe, le retenía, á pesar del inmenso deseo que sentía de ir á colocar aquellas señoras en escena para el próximo cuadro. Espe-

raba una frase feliz que le rehabilitase en el favor del ministro, pero no se le ocurría nada. Cada vez se sentía más contrariado; así es, que cuando distinguió á M. de Saffré, se pegó á él como á una tabla de salvación. El joven acababa de entrar, era una víctima fresca.

—¿No conoce usted la frase de la marquesa?— le preguntó el prefecto.

Pero tan aturdido estaba que no sabía presentar la cosa de un modo gracioso.

—Le he dicho; «Tiene usted un traje encantador», y me ha contestado:...

—«Tengo otro más bonito debajo»,—añadió tranquilamente M. de Saffré.—Eso es muy antiguo, amigo mío, muy antiguo.

M. Hupel de la Noue le miraba consternado. La frase era antigua, ¡y él que iba á profundizar todavía su comentario acerca de la candidez de aquel grito del corazón!

—Antiguo, tan antiguo como el mundo,—repetía el secretario.—La señora de Espanet ha dicho ya eso mismo dos veces en las Tullerías.

Aquel fué el último golpe: el prefecto prescindió del ministro y del salón entero, y se dirigía ya hacia el escenario, cuando el piano preludió con acento entristecido y con temblorosas notas de llanto; el lamento se extendía y arrastraba lánguidamente, y las cortinas se descorrieron.

M. Hupel de la Noue, que ya había casi desaparecido, volvió á entrar en el salón al oír el ligero ruido de las anillas. Estaba pálido, desesperado, y tenía que hacer violentos esfuerzos para no apostrofar á aquellas señoras. ¡Ellas solas se habían colocado! La pequeña Espanet era, sin duda, la que debió haber fraguado aquel complot de acelerar el cambio de los trajes y prescindir de él. ¡Aquello era ignominioso!

Se volvió mascullando sordas palabras, y miraba al escenario encogiéndose de hombros y murmurando:

—La ninfa Eco está demasiado á la orilla... y esa pierna del bello Narciso no tiene nobleza alguna.

Mignón y Charrier, que se habían acercado para oír la explicación, se atrevieron á preguntarle qué hacía aquella joven pareja tendida en el suelo. Pero no respondió; se negó á explicar más su poema, y ante la insistencia de los contrastistas, dijo:

—¡Eh! No tengo nada que ver con eso desde el momento en que esas señoras se han colocado sin mí.

El piano sollozaba nuevamente; la escena, sobre la cual la electricidad lanzaba un rayo, figuraba una pradera cerrada por un horizonte de follaje; era una pradera ideal con árboles azules y gran-

des flores amarillas y encarnadas, altas como encinas. Allí, sobre un montecillo de césped, Venus y Platón, uno al lado del otro, se hallaban rodeados por las ninfas de la vecina espesura, que formaban su cortejo; eran las hijas de los árboles, las hijas de los arroyos, las hijas de los montes, todas las risueñas y desnudas divinidades de la selva. Y el dios y la diosa triunfantes, castigaban la frialdad del orgullo que los había despreciado, en tanto que el grupo de ninfas contemplaban con sagrado terror la venganza del Olimpo, que se cumplía en primer término.

El drama se desenlazaba allí: el hermoso Narciso, tendido á la orilla de un arroyo que descendía desde el fondo de la escena, se miraba en las claras aguas como en un espejo, llevándose la verdad hasta el extremo de poner uno en el fondo del arroyo. Ya no era aquel el joven libre, el vagabundo de las selvas; la muerte, que sorprendió en medio de la entusiasta admiración de su propia imagen le iba poco á poco debilitando, y Venus, señalándole con el dedo, como hada de apoteosis, le abandonaba á su fatal destino, que le convertía en flor. Sus miembros reverdecían y se extendían, dentro de su ajustado traje de satín verde; el flexible tallo, formado por las piernas ligeramente encorvadas, iba á hundirse en la tierra y á echar raíces, mientras que el busto,

adornado con anchos paños de satín blanco, se desplegaba formando maravillosa corola.

La rubia cabellera de Máximo completaba la ilusión, fluyendo con sus largos y rizados tirabuzones, pistilos amarillos que resaltaban entre la blancura de los pétalos. Y la gran flor naciente, todavía humana, inclinaba la cabeza hacia el arroyo, con los ojos entornados y el semblante risueño, en éxtasis voluptuoso, como si el bello Narciso hubiese al fin satisfecho en la muerte los deseos que á sí mismo se había inspirado. A algunos pasos de él, la ninfa Eco desfallecía también, muriendo de deseos no gozados; adquiría poco á poco la rigidez de la tierra y sentía sus abrasados miembros helarse y endurecerse. No era roca vulgar manchada por el musgo, sino blanco mármol, por sus hombros y sus brazos y por su gran túnica de nieve, cuyo cinturón de follaje y cuya banda azul se habían desprendido. Encorvada en medio del satín de la falda, que se abría en anchos pliegues, semejando así un bloque de piedra de Paros, ibase agobiando lentamente, no teniendo ya animados en su helado cuerpo de estatua sino sus ojos de mujer, ojos que relucían, fijos siempre en la flor de las aguas, que permanecía lánguidamente inclinada sobre el espejo del arroyo. Parecía que todos los sonidos amorosos de la selva, las voces prolongadas de la floresta, los

misteriosos estremecimientos de las hojas, los profundos suspiros de las corpulentas encinas, iban á chocar contra la marmórea carne de la ninfa Eco, cuyo corazón, siempre vivo en el bloque, resonaba y repetía á lo lejos los menores lamentos de la Tierra y del Aire.

—¿De qué manera tan rara han desfigurado al pobre Máximo!—murmuró Luisa.—Cualquiera diría que la señora Saccard está muerta.

—Está envuelta en polvos de arroz—dijo la señora Michelin.

Otras frases no más galantes se escucharon; el tercer cuadro no alcanzó el éxito que los anteriores; aquel trágico desenlace, era no obstante, lo que hacía que M. Hupel de la Noué se entusiasmara con su propio talento, y se admirara á sí mismo, como Narciso en su espejo. Había empleado allí multitud de intenciones poéticas y filosóficas, y cuando las cortinas se hubieron corrido por última vez, y los espectadores hubieron aplaudido como personas bien educadas, experimentó gran sentimiento por haberse dejado llevar por la cólera al no querer dar la explicación de la última página de su poema. Trató entonces de facilitar á los que le rodeaban la clave de las cosas encantadoras, grandiosas ó simplemente graciosas que representaban el bello Narciso y la ninfa Eco y aún intentó decir lo que Venus y Plutón ha-

cian en la pradera, pero aquellas señoras y aquellos caballeros, cuyas claras y prácticas inteligencias habían comprendido lo que significaban la gruta del oro y la gruta de la carne, no se cuidaron de profundizar más las complicaciones mitológicas del prefecto. Unicamente Mignón y ChARRIER, que querían á todo trance, conocer el sentido de lo que habían visto, tuvieron la bondad de interrogarle; entonces se apoderó de ellos y los tuvo de pie en el hueco de una ventana durante cerca de dos horas contándoles las *Metamorfosis* de Ovidio.

El ministro se retiraba en aquel momento, excusándose por no poder aguardar á su hermosa cuñada para felicitarla por la gracia perfecta de la ninfa Eco. Acababa de dar tres ó cuatro vueltas al salón del brazo de su hermano y saludando á las señoras; nunca se había comprometido tanto por Saccard á quien dejó radiante de alegría, cuando, en el dintel de la puerta, le dijo en voz alta:

—Te espero mañana por la mañana. Ven á almorzar conmigo.

El baile iba á empezar; los criados habían colocado á lo largo de las paredes los sillones de las señoras, y el gran salón extendía entonces desde el saloncito amarillo hasta el escenario, su desnuda alfombra, cuyas grandes y purpúreas flores se

abrían bajo la cascada de luz que derramaba el cristal de las arañas. El calor aumentaba; los rojos tapices bruñían con sus reflejos el oro de los muebles y del techo, esperándose solo para empezar el baile, á que aquellas señoras, cambiasen de traje.

Las de Espanet y Haffner fueron las primeras que aparecieron, llevando sus trajes del segundo cuadro; una estaba disfrazada de Oro y la otra de plata. Se las rodeó, se las felicitó y ellas á su vez refirieron sus emociones.

—Yo, por poco, suelto la carcajada,—decía la marquesa,—cuando ví de lejos, atisbando, á la gran nariz de M. Tontin-Laroche.

—Yo tengo un dolor terrible en el cuello,—exclamaba lánguidamente la rubia Susana.—Si aquello dura un minuto más, pierdo mi postura clásica.

M. Hupel de la Noue, desde el rincón á que había llevado á Mignon y á Charrier, dirigía inquietas miradas al grupo formado en torno de las dos jóvenes, temiendo que se burlasen de él; las otras niñas, iban llegando una tras otra, vestidas todas con sus trajes de piedras preciosas; la condesa Vauska, con el suyo de coral, obtuvo un éxito loco cuando se pudieron examinar de cerca los ingeniosos detalles del vestido. Después entró Máximo, de etiqueta, y con semblante risueño; una turba de mujeres le envolvió, colocándolo en el

centro del círculo, y bromeando acerca de su papel de flor y de su pasión por los espejos; él, sin el menor aturdimiento, y como encantado del personaje que había representado, continuaba sonriendo, respondiendo á los chistes y confesando que se adoraba á sí mismo y que estaba bastante curado de mujeres para preferirse á ellas. Entonces estallaron las carcajadas y el grupo aumentó de modo que llegó á ocupar el centro del salón, en tanto que el joven, ahogado entre aquella masa de hombros desnudos, en aquel barullo de deslumbrantes trajes, conservaba su perfume de amor monstruoso y su viciosa suavidad de flor marchita.

Cuando por fin apareció Renata, se produjo momentáneo silencio; vestía un traje de tan original gracia y de tal atrevimiento, que todos aquellos caballeros y señoras, á pesar de estar acostumbrados á las excentricidades de la joven, no pudieron contener un movimiento de asombro. Estaba disfrazada de otaitiana, traje, al parecer de los más primitivos, compuesto de una malla de color pálido, que subía desde los pies hasta el seno, dejando los hombros y los brazos al descubierto, y una sencilla blusa de muselina, corta y guarnecida de dos volantes, para velar un poco las caderas; llevaba en el cabello una corona de flores silvestres, arcos de oro en los puños y en los tobi-

llos, y nada más; estaba desnuda. La malla tenía flexibilidades de carne, bajo la transparencia de la blusa, y la línea pura de aquella desnudez se encontraba ligeramente velada por los volantes, desde las rodillas, hasta debajo de los brazos; pero se acentuaba y reaparecía por entre los encajes al más ligero movimiento. Parecía una salvaje encantadora, una joven bárbara y voluptuosa, medio oculta entre una especie de vapor blanquecino y un jirón de marítima bruma, á través de la cual se adivinaba su cuerpo.

Renata, con las mejillas sonrosadas, se adelantaba ligeramente. Celesta había hecho saltar la primera malla que se había puesto, aunque afortunadamente, y en previsión del caso, la joven se había provisto de otra; la rotura de la primera malla la había hecho retardarse. Parecía cuidarse poco de su triunfo: sus manos abrasaban, sus ojos estaban brillantes por la fiebre, y no obstante sonreía, contestando con breves frases á los hombres que la detenían y la felicitaban por la pureza de sus actitudes en los cuadros vivos. La joven dejaba en pos de sí un surco de fracs negros llenos de admiración y de encanto á causa de la transparencia de su blusa de muselina.

Quando llegó al grupo de mujeres que rodeaban á Máximo, produjo breves exclamaciones, y la

marquesa, mirándola de pies á cabeza con aire tierno, murmuró:

—Está admirablemente formada.

La señora Michelin, cuyo traje de almea parecía horriblemente pesado al lado de aquel sencillo velo, se mordía los labios, mientras Sidonia, encojida en su negra túnica de maga, murmuraba á su oído:

—Eso es indecente del todo ¿verdad?

—¡Ya lo creo!—dijo la linda morena.—¡Qué enfadado se pondría Michelin si yo me pusiese un traje así!

—Y tendría razón,—contestó la cordonera.

Los hombres graves no eran de semejante opinión y estaban maravillados: el mismo M. Michelin, á quien su mujer suponía tan contrario á aquello, se desvanecía por dar gusto á M. Tontin-Laroche y al barón de Gourand, quienes, entusiasmados á la vista de Renata, dirigían, como todos, grandes cumplidos á Saccard por la perfección de formas de su esposa. Aristides se inclinaba, mostrándose orgulloso. La noche era buena para él, y á no ser por cierta preocupación que cada momento se traslucía en sus ojos, cuando miraba rápidamente á su hermana, hubiera parecido un hombre completamente feliz.

—¿Diga, no te parece que hasta ahora no nos había enseñado tanto?—dijo alegremente Luisa al

oído de Máximo, señalándole á Renata con el rabillo del ojo.

Y añadió con sonrisa indefinible:

—A mí, al menos.

El joven la miró con inquieto semblante; pero ella continuó sonriendo alegremente, como colegial encantado de algún chiste demasiado fuerte.

Por fin, empezó el baile; se había utilizado el tablado para colocar en él una orquesta. Lo primero que se tocó fué una *quadrille*,

*¡Ah! ¡Il a des bottes, il a des bottes, Bastieul*

la cual hacía ya por entonces las delicias de los bailes populares. Las polkas y mazurcas alternaron con las *quadrilles*. El prolongado balanceo de las parejas iba y venía, llenaba la larga galería saltando á impulsos del latigazo de los instrumentos de metal y al mecedor compás de los violines; los trajes, en aquel turbión de mujeres de todos los países y de todas las épocas, daban vueltas con extraño hormigueo y extravagante mescolanza de los más rabiosos colores. El ritmo, después de mezclar y transportar los colores en cadencioso barullo, volvía á traer con algunos golpes de violín la misma túnica de raso color de rosa, el mismo corpiño de terciopelo azul al lado del mismo frac negro. Después, otro acorde, un sonido

de los cornetines lanzaban las parejas y las hacía viajar en fila alrededor del salón.

A veces, en el intermedio de dos bailables, alguna señora, sofocada por el calor se asomaba á alguna ventana en busca de un poco de aire fresco ó bien descendía á la estufa. Cuando se abrió el comedor, transformado en *buffet*, con multitud de aparadores adosados á la pared y una larga mesa cargada de fiambres en medio, aquello fué un motín en el que hubo empujones y codazos generales. La gente se arrojó sobre los pasteles y á las aves trufadas, atropellándose brutalmente. Aquello era un asalto: las manos se encontraban en medio de los manjares, y los lacayos no sabían á quien responder en medio de la turba de caballeros distinguidos, cuyos extendidos brazos sólo expresaban el temor de no alcanzar nada. Un señor viejo se enfadó porque no había Burdeos, asegurando que el champagne le quitaba el sueño.

—Despacio, señores, despacio,—decía Bautista con voz grave.—Para todos habrá.

Pero nadie le hacía caso. El comedor estaba lleno é inquietos fracs se agrupaban á la puerta. Delante de los aparadores había estacionados varios grupos, comiendo deprisa y apretándose; muchos tragaban sin beber por no haber conseguido echar mano á una copa; otros por el contrario,



bebían corriendo inútilmente tras un pedazo de pan.

—Oigan ustedes,—dijo M. Hupel de la Noue, á quien, cansados de mitología habían arrastrado Mignon y Charrier hacia el buffet,—no tendremos nada sino hacemos causa común... Peor es lo que sucede en las Tullerías y yo ya tengo alguna experiencia... Encárguense ustedes del vino y yo me encargaré de la carne.

El prefecto tenía echado el ojo á una pierna asada y extendió la mano al cabo de un instante por entre un claro que quedaba entre los hombros de algunas señoras, después de haberse llenado los bolsillos de panecillos. Los contratistas por su parte volvieron con tres botellas de champagne, y aquellos caballeros cenaron en el ángulo de una jardinera, de pie y charlando.

Entre tanto se oían los acordes de la orquesta que crecían bruscamente; se bailaba la polka de los besos, célebre en los bailes públicos y en la cual cada bailarín debía llevar el compás besando á su pareja. La señora d' Espanet apareció á la puerta del comedor, encarnada, casi con el peinado deshecho y arrastrando con encantadora laxitud un gran vestido de plata. Como nadie se apartaba, se vió en la precisión de servirse de los codos para abrirse paso. Después dió la vuelta á la mesa, vacilante y con una mueca en los labios;

al distinguir á M. Hupel de la Noue, que había concluido y se estaba limpiando la boca con el pañuelo, fuese á él derecho.

—¿Sería usted tan amable,—dijo con una sonrisa encantadora,—que me proporcionase una silla?

El prefecto guardaba rencor á la marquesa, pero su galantería no vaciló; se apresuró, buscó la silla, instaló en ella á la señora d' Espanet, quedándose detrás para servirla; la joven no quiso más que algunos langostinos con un poco de manteca y dos dedos de champagne; comiendo con ademanes delicados, formaba contraste en medio de la glotonería de los hombres. Aunque la mesa y las sillas estaban exclusivamente reservadas á las señoras, se hacía siempre una excepción en favor del barón de Gourand, quien se encontraba allí sentado delante de un pedazo de pastel, cuya corteza trituraban lentamente sus mandíbulas. La marquesa reconquistó al prefecto, diciéndole que no olvidaría nunca sus emociones artísticas en los «Amores del bello Narciso y la ninfa Eco»; le explicó también porque no le habían esperado, pues aquellas señoras sabedoras de que el ministro estaba allí, pensaron que hubiera sido poco conveniente prolongar el entreacto, y concluyó por rogarle que fuese á buscar á la señora Haffner, quien estaba bailando con M. Simpson, un hombre

brusco según ella decía, y que le desagradaba. Cuando Susana estuvo á su lado, ya no volvió á mirar á M. Hupel de la Noue.

Saccard, seguido de los señores Tonlín-Laroché, Mareuil y Haffner, se había apoderado de un aparador; como la mesa estaba llena y M. de Saffré pasaba con la señora Michelin del brazo, les retuvo é invitó á la linda morena á que se sentara con ellos. La joven comió pastas, sonriendo y mirando á los cinco hombres que la rodeaban, quienes se inclinaban hasta ella, rozando sus velos de almea bordados de hilillo de oro, y arrinconándola contra el aparador, sobre el que concluyó por apoyarse, admitiendo obsequios de todos, muy dulce y cariñosa, con la amorosa docilidad de la esclava que se halla en medio de sus señores. M. Michelin estaba concluyendo, en el otro extremo de la habitación, una terrina de *foie gras*.

Entre tanto, Sidonia, que estaba rodando por el baile desde los primeros compases, entró en el comedor y llamó á Saccard con un gesto.

—No baila,—le dijo en voz baja.—Parece que está violenta... Creo que medita alguna locura... Pero hasta ahora no he podido descubrir quien sea el damiselo... Voy á comer algo y vuelvo á ponerme en seguida en acecho.

Comió de pie, como un hombre, un alón de pollo que se hizo servir por Michelin. Bebió

Málaga en una copa grande de champagne, y después de limpiarse los labios con la punta de los dedos, volvió al salón.

El baile languidecía y la orquesta estaba ya sin aliento, cuando empezó un murmullo: «¡el cotillón! ¡el cotillón!», que reanimó á los bailarines y á los músicos. De todos los extremos de la estufa brotaron parejas; llenóse el salón y se discutió vivamente en medio del barullo que volvió á armarse en la estancia. Era la última llamada del baile. Los hombres que no bailaban miraban desde los huecos de las ventanas con semblante satisfecho; el grupo de los bulliciosos aumentaba en medio de la habitación, mientras que los que estaban cenando en el *buffet* alargaban el pescuezo para conocer la causa de aquella algazara.

—M. de Mussy no quiere,—dijo una señora.—Jura que no lo dirigirá ya más... Vamos, una sola vez, señor de Mussy, una sola vez. Hágalo usted en obsequio nuestro.

Pero el joven agregado de embajada permanecía tieso y grave, diciendo que era imposible, que lo había jurado, por lo cual hubo un verdadero disgusto. Máximo se negó también, manifestando que ya no podía con sus huesos; M. Hupel de la Noue, no se atrevió á ofrecerse, por que él no descendía más que á la poesía. Una señora habló de M. Simpson y la hicieron callar. M. Simpson